

Literatura en lengua gallega

Xosé Luís Méndez Ferrín e Basilio Losada

Formas de citación recomendadas

1 | Por referencia a esta publicación electrónica*

MÉNDEZ FERRÍN, XOSÉ LUÍS E BASILIO LOSADA (2011 [1969]). “Literatura en lengua gallega”. *Cuadernos para el Diálogo: 14 Extraordinario*, 22-26. Reedición en *poesiagalega.org*. *Arquivo de poéticas contemporáneas na cultura*. <<http://www.poesiagalega.org/arquivo/ficha/f/652>>.

2 | Por referencia á publicación orixinal

MÉNDEZ FERRÍN, XOSÉ LUÍS E BASILIO LOSADA (1969). “Literatura en lengua gallega”. *Cuadernos para el Diálogo: 14 Extraordinario*, 22-26

* Edición dispoñíbel desde o 26 de abril de 2011 a partir dalgunha das tres vías seguintes: 1) arquivo facilitado polo autor/a ou editor/a, 2) documento existente en repositorios institucionais de acceso público, 3) copia dixitalizada polo equipo de *poesiagalega.org* coas autorizacións pertinentes cando así o demanda a lexislación sobre dereitos de autor. En relación coa primeira alternativa, podería haber diferenzas, xurdidas xa durante o proceso de edición orixinal, entre este texto en pdf e o realmente publicado no seu día. O GAAP e o equipo do proxecto agradecen a colaboración de autores e editores.

Xosé Luis Méndez Ferrín
Basilio Losada

Cuadernos
para
el Archivo
XIV Extraordinario

LITERATURA
EN LENGUA
GALLEGA

EL condicionamiento sociológico de la literatura gallega presenta aspectos singulares en el cuadro de las literaturas hispánicas. A partir del siglo xv, el gallego quedó al margen de toda tradición de cultura, relegado a la condición de lengua oral, lengua labriega —«lengua proletaria» dijo Celso Emilio Ferreiro—. Dos millones de gallegohablantes jamás dispusieron de escuela en gallego y vieron su idioma alejado de la cátedra y del uso pastoral de la Iglesia. El gallego, olvidada su brillante tradición medieval, fue sentido por labriegos y marineros como un estigma de inferioridad. Y a pesar de este oscuro y artificioso complejo colectivo, la mayoría del pueblo gallego siguió fiel a su lengua, con una fidelidad instintiva que se imponía a todos los dictados de la lógica y a las presiones dominantes. A diferencia del catalán, jamás el gallego fue lengua *enseñada*, lengua cooficial, tampoco fue vehículo habitual de expresión de una burguesía dominante ni hubo una masa inmigrada que sintiera el aprendizaje de la lengua vernácula como una exigencia cara a su promoción social. El inmigrante en Galicia es el funcionario, el comerciante, el maestro. Los que desempeñan una actividad socialmente relevante a los ojos del campesino lo hacen en castellano. La escasa burguesía gallega se castellanizó muy pronto en su expresión lingüística. Hoy el gallego, tras el esfuerzo de recuperación realizado desde mediados del siglo pasado, es en Galicia la lengua del pueblo y de los intelectuales, pero como alguien dijo, si a una comunidad se le quita el pueblo y los intelectuales, ¿qué es lo que queda? Hoy, una minoría de escritores y universitarios con formación y consciencia gallega hacen sentir decisivamente su influencia sobre la vida del país. El intelectual gallego ha descubierto que escribir en gallego, hablar en gallego es estar al lado del pueblo, laborar por él, contribuir a eliminar el complejo de inferioridad que ha anulado las mejores posibilidades de Galicia como comunidad. La frustración histórica del país y la alienación de sus grupos burgueses han creado un abismo, que a veces parece insuperable, entre este pueblo y los intelectuales que con plena consciencia trabajan para él. El análisis de esta compleja problemática nos llevaría demasiado lejos y, lógicamente, sólo puede dejarse esbozado en un trabajo como éste, sin otra pretensión que convertirse en un esquema casi didáctico del desarrollo de la literatura gallega en los últimos veinte años. Conviene, sin embargo, poner de relieve que el escritor gallego es fundamentalmente de extracción burguesa —salvo casos aislados, como el de Neira Vilas, forjado en la emigración— y formado en castellano. Su vuelta al gallego es, sin embargo, una manifestación, más o menos consciente y expresa, de compromiso con su pueblo. Escribir en gallego supone por sí solo una toma de posición generalmente definidora.

La guerra interrumpió bruscamente el desarrollo de la literatura gallega en Galicia. Durante algunos años —desde 1936 hasta 1950—, Buenos Aires se convirtió en la capital cultural de Galicia, y fueron los emigrantes y los intelectuales allí exiliados los que mantuvieron la continuidad. Hasta 1946 no se publica en Galicia ningún libro en gallego —dos o tres títulos de escasa relevancia, y el abuso folklórico de la lengua constituyeron más bien un peligro de desorientación que el punto de partida indispensable para una recuperación que durante años pareció imposible. La guerra civil parecía haber aniquilado lo que desde mediados del siglo pasado era una manifestación cultural incipiente, pero viva y sólida. A partir de 1946, fecha de aparición de *Cómaros verdes*, de Aquilino Iglesia Alvariño, empiezan a publicarse esporádicamente algunos libros —de poesía, naturalmente— que no suponen variación fundamental con relación al quehacer lírico de preguerra. En la poesía gallega sigue dominando la línea imaginista y neotrovadoresca, con apego especial a los ritmos gráciles de un medievalismo erudito que había asimilado las experiencias vanguardistas de Amado Carballo (1899-1927) y Manuel Antonio (1900-1928). El imaginismo, la moda de un cancionerismo, que recuerda el auge de Gil Vicente en la lírica castellana del 27, es, en estos primeros años de posguerra, una reacción defensiva ante una realidad hosca y aparentemente insuperable. En torno de aventuras editoriales efímeras, pero significativas —colecciones *Benito Soto*, *Alba*, *Xistral*—, se agrupan los poetas represen-

tativos de este momento: Casado Nieto, Alvarez Blázquez, Fabeiro, Elíseo Alonso, Augusto Casas, Pura Vázquez, Luz Pozo, todos ellos con obra iniciada antes de 1936, pero entonces prácticamente desconocidos. Sólo aparece un nombre nuevo, Manuel María, cuya obra fluctuante, desorientada y representativa, había de ahondar posteriormente en rumbos muy distintos.

También, paulatinamente, se van incorporando al cultivo literario del gallego algunos nombres significativos de la generación de la revista *Nos*, que desde 1920 a 1936 había depurado a la literatura gallega del ruralismo y folklorismo decimonónicos. De estas grandes figuras de la etapa de *Nos*, uno —Castelao— vivía exiliado en Buenos Aires, entregado por completo a una labor importantísima en el terreno político y en el de creación literaria y plástica. Vicente Risco, que había sido el inspirador de la revista *Nos*, el definidor del nacionalismo gallego y el primero que se propuso la renovación a fondo de la prosa gallega, aparecía, tras la guerra, apartado por completo de toda labor de reivindicación idiomática. Otero Pedrayo, el más fecundo narrador del grupo *Nos*, se reincorpora inmediatamente al esfuerzo renacido, al que se suman el poeta Cabanillas y el arqueólogo, también notable prosista, Florentino Cuevillas.

EN 1950 se crea la Editorial Galaxia, iniciada con un libro muy representativo de aquel momento de inquietud y de tensión, una colección de cantigas populares —*Antifona de cántiga*—, recopilada y prologada por Cabanillas. Galaxia pasa desde entonces a centrar la actividad editorial en Galicia. Junto a los viejos prestigios recobrados surge un grupo de ensayistas que prolongan e intensifican la obra de *Nos*. Su preocupación fundamental es prestigiar la lengua en los niveles universitarios y enlazar con la obra de preguerra salvando la continuidad. Rof Carballo, García-Sabell, Fernández del Riego, Ramón Piñeiro, Carballo Calero, Fernández de la Vega, constituyen el núcleo básico de Galaxia, un grupo que aborda la problemática cultural de Galicia con rigor universitario y una abierta curiosidad hacia las formas más vivas de la cultura europea de los primeros años de posguerra. De formación germánica todos ellos, preocupados fundamentalmente por la filosofía existencial, conocedores de Heidegger y con una asombrosa eficacia para la labor en equipo, superan en pocos años la obra de *Nos* y ganan para la cultura gallega a una minoría de jóvenes universitarios —algunos de ellos luego discrepantes de la obra ceñidamente cultural de Galaxia—, que encuentran en esta editora puerta abierta para la publicación de su obra. En esta etapa inicial de recuperación, que va de 1950 a 1955, representa también un papel decisivo el diario *La Noche*, de Santiago. A través de sus páginas —de sus suplementos literarios, que hicieron época— se manifiesta una visión problemática de Galicia, se postula, en un momento de extraordinaria dificultad, el cultivo del gallego, y publican sus primeros trabajos un grupo de universitarios que había de constituir lo que alguien más tarde llamó «generación de *La Noche*»: Méndez Ferrín, Bernardino Graña, López Nogueira, Fernández Ferreiro, Franco Grande, Beiras, Ramón Lugiés...

Los volúmenes colectivos de Galaxia en torno de problemas culturales gallegos aportan una visión nueva y universal, un aire plenamente europeo a la cultura gallega. El volumen colectivo dedicado a *La Saudade*, los *Siete ensayos sobre Rosalía*, *Paisaxe e cultura*, cuentan entre lo más logrado de este momento decisivo. Ramón Piñeiro estudia la *saudade* como peculiaridad de la creación espiritual galaicoportuguesa en matizada relación con la angustia existencial. García Sabell cultiva el ensayo sobre temas artísticos o literarios a la luz de la medicina antropológica (*Ensaíos*, I). Fernández de la Vega publica *O segredo do Humor*, ágil y densa penetración en una de las constantes del espíritu galaico. Fernández del Riego se dedica a una labor periodística continuada y eficaz, y Carballo Calero —el crítico más notable del grupo— prepara su monumental *Historia da literatura galega*. En contacto

con los supervivientes del grupo *Nos* y con la nueva generación que se forma en las páginas diarias de *La Noche*, este grupo, un verdadero equipo coherente ideológicamente y compenetrado en el esfuerzo, salva los momentos más difíciles de la restauración. Proceden todos ellos de la burguesía liberal y universitaria, participaron en los movimientos de vanguardia, a veces sólo como curiosos espectadores, como lectores entusiastas. No todos proceden de la línea política galleguista de Castelao y Bóveda, pero se incorporan al galleguismo cultural. Forman lo que pudiéramos llamar «promoción de 1936». Pertenecen a la generación que participó directamente en la guerra civil, y todos lo hicieron, en uno u otro bando. Su concepción de Galicia, liberal, culturalista, su acción, orientada a la conquista de un prestigio para la lengua (y en este sentido su obra ha resultado enormemente eficaz), han significado una aportación decisiva cara a la resurrección de una conciencia gallega.

A la misma promoción pertenecen algunos destacados narradores. La figura principal en este campo es Alvaro Cunqueiro, creador personalísimo de un mundo en el que la gracia expresiva y el hallazgo verbal inusitado se conjugan con una pintoresca erudición, arbitraria y medievalizante. Cunqueiro fue figura principal en la efervescencia de las vanguardias, con su instante de pirueta superrealista y su arraigo final en la línea de una poesía basada en el ritmo, en el paralelismo, en la cadencia de la «forma inmóvil» y en la recuperación de arcaísmos que hicieron del gallego de anteguerra una depuradísima lengua poética, sutil y refinada creación esteticista. Cunqueiro se revela como narrador en *Merlín e familia*. Siguen luego *As crónicas do sochantre*, *Escola de menciñeiros*, *Simbad* y algunas obras de teatro (*Don Hamlet*, *A noite vai coma un río*). La obra de Cunqueiro gana para la lengua gallega a una masa de lectores tradicionalmente alejados de cualquier preocupación por Galicia, y más tarde, traducida al castellano, sirve para revelar a muchos la misma existencia de una literatura gallega. Se ha reprochado a Cunqueiro su alejamiento de la realidad gallega, su actitud evasiva, su tendencia a refugiarse en prodigiosos mundos míticos con olvido de una problemática acuciante. Esto es evidente, aunque vendría matizarlo. El mundo de Cunqueiro es un mundo personal, un lujo aristocratizante que quizá la literatura gallega aún no puede permitirse, pero por encima de todo queda su obra —que por el solo hecho de la opción idiomática, de estar escrita en gallego, supone una inicial y básica posición de compromiso— como una de las cumbres de la literatura gallega de todos los tiempos. Junto a Cunqueiro, Anxel Fole combina hábilmente fórmulas del ruralismo decimonónico con ecos —perfectamente asimilados— del modernismo. Fole es también un estilista, pero no al modo de Cunqueiro, sino apoyándose en la realidad campesina de Galicia, recurriendo, a veces, a una intensificación del lenguaje dialectal en la línea de Valle-Inclán. *A lus do candil* y *Terra brava* son dos bellos libros, hábil ejercicio de aproximación a la narración oral, con estudio descuido que apenas esconde un trabajo riguroso de depuración lingüística. Silvio Santiago ha publicado un solo libro, *Vilardévós*, uno de los éxitos de la literatura gallega de posguerra, retrato de un pueblo gallego, nostálgico, humorístico y entrañable.

EN la misma promoción del 36 —que engloba a los escritores nacidos entre 1909 y 1916— se pueden incluir los poetas que prolongan la línea imaginista y neotrovadoresca a que antes nos hemos referido. Entre ellos, todos con obra en marcha y en algún caso renovada, destacan Díaz Castro y Aquilino Iglesia Alvariño. En ambos, el imaginismo se combina con una sólida formación clásica y, especialmente en el caso de Iglesia Alvariño, una lucidez expresiva, un paisajismo descriptivo de raíz virgiliana, que se apoya en el ruralismo gallego del XIX y lo carga de hondura al abandonar la anécdota trivial y concentrarse en el drama de la soledad del hombre. *Cómaros verdes* no es sólo un libro histórico —el primero, como hemos dicho, publicado en Galicia tras la guerra—, sino uno de los libros más sólidos y bellos de toda la nueva lírica ga-

llega. Díaz Castro, menos ceñido a la temática paisajista y con mayor densidad humana, ha publicado un solo libro, *Nimbos*, algunos de cuyos poemas —«Penélope», por ejemplo— están muy próximos a la poesía de denuncia. La línea neotrovadoresca, que había alcanzado sus logros más notables con Cunqueiro y Bouza Brey —más cerca éste de la recreación erudita; más alado y sutil Cunqueiro, en un milagro de identificación con el espíritu de la lírica medieval—, sigue produciendo ecos más o menos logrados incluso en nuestros días. Por un momento, pareció que la inflación medievalizante iba a ahogar la lírica gallega. Entre tanto poema ecoico, fruto de una fórmula fácil, destacan algunos de X. M. Álvarez Blázquez y Díaz Jácome.

DURANTE más de una década, desde 1939 hasta 1955, toda la actividad editora en gallego se centró en Buenos Aires. Un grupo de escritores exiliados: Luis Seoane, Lorenzo Varela, Rafael Dieste, Emilio Pita, A. de las Casas, fundan empresas editoriales y publican incansablemente libros que no llegan a Galicia o se distribuyen mal. Los poetas exiliados cargan su poesía de contenido político y social. Luis Seoane es un gran poeta —también es un gran pintor, grabador y ceramista—, animador incansable de empresas editoriales, creador de revistas, periodista combativo. Su obra poética, ya bastante amplia, se aleja de la línea esteticista que cultivaban los poetas del interior, para concentrar la expresión, aristada siempre, dura, cargada de tensión intelectual. *Fardel de eisiliado* es el gran poema de la emigración —ese impresionante drama colectivo de Galicia—. En otros libros, *Na brétema Sant-Yago*, *As cicatrices*, se apoya en la historia olvidada de Galicia para referirla y proyectarla a situaciones concretas, actuales, con vigoroso espíritu polémico. La poesía gallega del exilio, y no sólo la de las más destacadas figuras, sino también la de los poetas menores, pudo constituir un revulsivo poderoso que sacudiera el esteticismo adormecido de los poetas de Galicia. Desgraciadamente, su obra, poco conocida en el momento de su creación, no llegó a los poetas jóvenes de Galicia hasta años después, cuando ya había aparecido una figura que en pocos años se convertiría en el poeta más popular, admirado e imitado de la Galicia de posguerra: Celso Emilio Ferreiro. Nació Ferreiro en 1914; pertenece, pues, a la generación participante en la guerra civil. Inició su labor lírica en los años de preguerra, dentro de la línea esteticista, con libros que difícilmente permitían prever el quiebro brusco y renovador que habría de dar su obra a partir de 1954. En este año aparece *O sono sulagado*, libro de transición, en el que hay aún poemas que podrían insertarse en su etapa imaginista junto a otros que revelan una conciencia más madura del quehacer poético, concebido como arma, como instrumento de denuncia y rebeldía. *Longa noite de pedra* (1962) nos muestra ya un poeta maduro, de voz recia entre el sarcasmo y el improperio, consciente de la eficacia del poema como arma revolucionaria. La primera edición del libro se agotó inmediatamente, sus poemas fueron leídos, comentados, citados e imitados apasionadamente. Dos copiosas ediciones bilingües en menos de un año —cuatro mil ejemplares— demuestran que la eficacia de su voz no se mella al trasponer los límites de Galicia. En 1966, C. E. Ferreiro emigra a Caracas, y allí reside en la actualidad. La dolorosa experiencia del exilio le inspira uno de los libros más amargos de la literatura gallega, muy cerca de la línea imprecatória y sarcástica de Curros Enríquez, *Viaxe ao país dos ananos*, publicado también en edición bilingüe, violento alegato contra la sangría emigratoria, contra el mundo de los desarraigados, de los triunfadores del exilio, alienados, aniquilados, ensorbecidos.

FUERA de todo grupo, poetas aparte y solitarios, María Mariño Carou y Luis Pimentel cultivan un mundo propio y diverso. Pimentel es uno de los más grandes poetas gallegos de todos los tiempos. Su obra fue limitadísima y conocida a destiempo —su único libro en gallego, *Sombra do aire na herba*, se publicó en 1959, un año después de la muerte del poeta. Con anterioridad, había publicado sólo ocho poemas reunidos en un folleto bajo el título de *Triscos* y algunos poe-

24 LITERATURA EN LENGUA GALLEGA

mas en revistas de escasa difusión. Pimentel elabora su obra lentamente, lúcidamente, entre la barahúnda de las experiencias vanguardistas, pero fuera de ellas. Algunos de sus poemas, quizá la mayor parte, fueron escritos entre 1925 y 1934, pero no hay en ellos deshumanización ni esteticismo. Es una voz pura, de entrañable lirismo, próxima a todo dolor humano, temblorosa y difusa, escrita en un gallego coloquial, impuro y popular que contrasta con la artificiosa —y lícita— recreación erudita, a base de arcaísmos y lusismos, característica de los grupos de preguerra. En muchos aspectos, Pimentel se anticipa a su tiempo. No es un poeta social en el sentido fundamentalmente político que esta caracterización ha ido tomando en nuestro tiempo. Pimentel se acerca con voz balbuceante al mundo de los que sufren, a sus enfermos del Hospital Provincial —*Diario de un médico de guardia* es el título que agrupa algunos de sus poemas más representativos, publicados en castellano dentro del libro *Barco sin luces*— o a los ecos imprecisos de la vida monótona y entrañable de su pequeña ciudad, con los paseos siempre repetidos, el quiosco de la música, los silencios nocturnos en las calles desiertas. La obra de Pimentel, personalísima, no ejerció influencia alguna sobre las más jóvenes promociones, y permanece, admirada, pero no seguida, como un prodigio de creación personal fuera del tiempo y de las modas.

María Mariño llegó muy tarde a la poesía. En 1963, cuatro años antes de su muerte, aparece *Palabra no tempo*, libro discutido, profundo y denso, angustiado, con una extraña y milagrosa habilidad para adensar la expresión apoyándose en sus propias dificultades técnicas de poeta autodidacta, formado en el silencio y en la contemplación más que en la lectura. María Mariño, con sus quiebros sintácticos, sus extrañas concordancias, su voz imprecante y angustiada, no es un poeta fácil, pero en sus versos vibra el misterio de una voz auténtica y singular.

La promoción de enlace está constituida por los escritores nacidos entre 1920 y 1930. Es la generación de los que no participaron en la guerra o, quizá mejor, de los que la vivieron sin conciencia de participación. Se formaron en los años de la contienda y en los primeros de la paz, en un clima amargo de escasez, de miseria, de desconcierto y especulación, a veces de hambre, cortada bruscamente la continuidad creadora en gallego, sin libros y sin maestros, con ecos lejanísimos de las corrientes más vivas que iban creando en Europa una conciencia conflictiva. Son los años divididos entre el exilio y el silencio. Los escritores del grupo *Nos* permanecen mudos y dispersos. Los órganos más eficaces de la cultura gallega, el «Seminario de Estudos Galegos», la Editorial *Nos*, han desaparecido. Los libros publicados en América no llegan, y el grupo de Galaxia aún no ha surgido para configurar el momento inicial de la restauración gallega, a partir de 1952. Alguno de estos escritores, Xosé Neira Vilas, como ejemplo más destacado, emigra a América y allí se forma en contacto con los intelectuales del exilio y cuenta con un grupo de orientadores —Castelao, en primer lugar— y de maestros, del que no disponen quienes trabajosamente buscan en Galicia un camino que enlace con la tradición perdida. Neira Vilas inicia su obra como poeta (*Dende Lonxe*) para dedicarse más tarde por entero a la narración y crear una importante obra (*Memorias de un neno labrego*, *Camión bretemoso*, *Xente no rodicio*, *Historias de emigrantes*) testimonial, realista, popular.

La obra de esta llamada promoción de enlace resulta en conjunto caótica y contradictoria. Asimilan influjos muy diversos, trabajan sin un público lector, sin un cauce editorial adecuado, aunque, posteriormente, clarificada la situación, evolucionen hacia posiciones más definidas y logren notables aportaciones. Las colecciones poéticas, como «Alba», «Xistral», «Benito Soto», todas de vida efímera y accidentada, publican indistintamente en gallego y en castellano. Se pone de moda un galleguismo lírico y evanescente, el único posible entonces, que, pese a sus limitaciones, sirvió de base para la posterior labor de recuperación cultu-

ral. Entre los escritores de este tiempo, algunos realizarían aportaciones considerables atendiendo a la medida del tiempo, otros se encerrarían después en un silencio desconcertado. Apuntan, sin embargo, nombres interesantes: Elíseo Alonso (superior como prosista en sus *Contos do Miño*), Xavier Costa Clavell, Luz Pozo, Tomás Barros, Pura Vázquez. A partir de 1950, la relativa normalización de la actividad editorial gallega permite que dentro de este grupo amorfo vayan dibujándose líneas de cierta coherencia. Ya nos hemos referido al humanismo rural, que prolonga, depurándola, la tradición gallega del *xix*, con Iglesia Alvaríño y Díaz Castro. Uxío Novoneira (nacido en 1930) es el único poeta joven que se integra en cierto modo en esta línea, con un libro singular, *Os Eidos* (1955), aunque posteriormente evoluciona hacia formas de poesía civil que apuntan ya en sus *Elexias do caurel*. La fundación de la Editorial Galaxia es un hito decisivo para esta clarificación de posiciones. El equipo de ensayistas que trabajan para esta editora pone de moda en Galicia a Heidegger. Se hace, incluso, una versión al gallego de este pensador alemán, y la versión, como décadas atrás la del *Ulyses*, de Joyce, demuestra la aptitud del gallego para todos los niveles de cultura. Ramón Piñeiro estudia la *saudade* como vivencia de la soledad ontológica del hombre. Un aire europeo fecunda la cultura gallega. Por estos años, en 1952, publica Cuña Novás su *Fabulario novo*, dentro de un hermetismo expresivo de raíz surrealista, aunque humanizada por la conciencia de una situación conflictiva entre el yo y la realidad límite. La poesía de Cuña, con su primer verbal vagoroso e inconexo, deslumbra a los jóvenes y abre paso al grupo de «Brais Pinto». Un poeta de aparición tardía, Antonio Tovar, incidirá en esta línea, avanzada ya la década actual, con un libro importante, *Non*, en el que la angustia responde a condicionamientos más auténticos y sus raíces librescas resultan, si existen, menos perceptibles. La poesía de Cuña Novás fue un descubrimiento para los jóvenes. Uno de ellos, Manuel María, el poeta más fecundo, irregular y contradictorio de los surgidos tras la guerra, publica *Advento* en 1954, tras haber cultivado la poesía paisajista (*Terracha*) para incidir luego tangiblemente en la poesía de denuncia, con un libro interesante, *Documentos personaes* (1958), que inicia un giro que habría de llevarle en estos últimos años a la poesía civil (*Proba documental* y, especialmente, *Remol*).

Aun en 1958, una colección poética, «Brais Pinto», publicada en Madrid por un grupo de jóvenes universitarios gallegos, cultiva el hermetismo como manifestación de una actitud más o menos miméticamente angustiada. En «Brais Pinto» publican sus primeras obras Bernardino Graña, Alexandre Cribeiro, Ramón Lourenzo, Fernández Ferreiro, y en la empresa colaboran otros poetas jóvenes: Méndez Ferrín, Raimundo Patiño. Es difícil distinguir lo que hubo de autenticidad o de contagio ambiental en esta aventura lírica, pero lo que sí podemos valorar adecuadamente son sus consecuencias: la poesía de la angustia acabó con el neotrovadorismo —que quedó relegado a los concursos de poesía con premios en metálico— y permitió incorporar cuanto había de fecundo en esta tendencia y en el imaginismo de los epígonos de Amado Carballo. El paso del puro halago verbal a la conciencia de soledad prepara el camino para el salto del «ensimismamiento» a la «alteración». El impulso decisivo lo daría *Longa noite de pedra*, de Celso E. Ferreiro, en 1962.

«Brais Pinto» y la Nova Narrativa agrupan a los jóvenes nacidos entre 1930 y 1940. Los mismos nombres participan en ambas aventuras. Poetas y narradores tienen una vertiente ensayística y crítica que halla acogida en las páginas del diario compostelano *La Noche*. Raimundo García Domínguez, «Borobó», maestro de periodistas y director del diario compostelano, en su última etapa de fecundidad antes de su desaparición, acuñó el rótulo de «generación de *La Noche*», con alusión doble, al nombre del diario y a la oscuridad expresiva de aquellos jóvenes epígonos de la angustia existencial. Estos escritores —poetas, críticos, narradores, pintores también algunos— son los primeros que, tras la guerra, se ponen en contacto

LITERATURA EN LENGUA GALLEGA

directo con Europa, que reciben libros extranjeros, viajan en auto-stop y conocen una realidad deslumbrante, quizá cegadora: la Europa del neocapitalismo. De regreso a Galicia peinan su barba inconformista y reaccionan románticamente contra la mediocridad de la vida española, contra el cerco de cerril incompreensión provinciana, contra la sumisión a las fórmulas y el temor al ridículo. Su cosmopolitismo es más que una actitud, es el baño de cultura imprescindible para salir del ahogo de años de silencio, es un respiro y un acicate. Algo semejante había hecho hacia 1918 Vicente Risco en su peregrinación por universos culturales exóticos y decadentes hasta volver a Galicia y convertirse, en su etapa más fecunda, en definidor del nacionalismo gallego. Los jóvenes del grupo de *La Noche*, pasado el deslumbramiento, vuelven a sus raíces con una consciencia más clara y definida, y muchos de ellos acabarán radicalizando sus posiciones en lo político y en lo social, fuera ya de todo snobismo.

La Nova Narrativa fue, pues, una interesante experiencia de aireación tras la atmósfera impermeable y sofocante de posguerra. Estos jóvenes habían pasado por la Universidad sin que nadie les hablara de Sartre, ni de Kafka, ni de Picasso, ni de Einstein, ni de Marx, ni de la novela norteamericana, ni del existencialismo alemán. Su fallo formativo tuvieron que corregirlo con lecturas caóticas y apasionadas. Kafka, Joyce y Faulkner constituyen para ellos una tardía revelación. En sus obras ven la posibilidad de fecundar la narrativa gallega y ponerla a la altura de su tiempo. Inicia la tendencia un narrador solitario, de obra aún inédita y difícilmente asequible, Kohan Casal, muerto en 1960, a los veintitrés años. Le sigue Gonzalo R. Mourullo, que publica en 1954 *Nasce un árbore*, y poco después *Memorias de Tains*, incorporando a la narrativa gallega los hallazgos técnicos de la novela europea de entreguerras. La colección «Illa Nova», de Galaxia, brinda un cauce editorial, y aparecen en poco tiempo obras significativas: *Percival*, *O crepúsculo e as formigas* y *Arrabaldo do Norte*, de Méndez Ferrín; *Lonxe de nos e dentro* y *Como calquer outro día*, de Suárez Llanos; *A orella no buraco*, de María Xosé Queizán, y aún, recientemente, *As ponlas baixas*, de Vázquez Diéguez. La influencia del «Nouveau Roman» francés

se deja sentir más tardiamente, en contra de lo que el rótulo de Nova Narrativa pudiera hacer suponer. Básicamente, la novelística que influye sobre estos jóvenes narradores es la gran corriente experimental de Joyce, John Dos Passos, Sartre, Kafka. Hoy, el movimiento parece superado, cerrado su ciclo y cumplida su función instrumental. El conocimiento de la obra de Castelao, reeditada en parte por Galaxia, señala la vuelta al realismo. Un narrador formado en la emigración, Eduardo Blanco Amor (nacido en 1900 y conocido antes de la guerra por su obra lírica en la línea imaginista), se revela en su madurez como un gran narrador. Su obra *A Esmorga* (1959) cuenta entre lo más sólido de la literatura gallega de posguerra. La acción de la novela se centra en un arrabal provinciano, con tipos de esperpento, aunque de mínima deformación, y un lenguaje suburbial con sabia gradación de efectos dramáticos y humorísticos. La renovación de la novela gallega procede, como ocurrió en parte con la lírica, de la Galicia de la diáspora: Blanco Amor y el ya citado Neira Vilas, con Castelao por fondo. Recientemente, la obra narrativa de Carlos Casares (nacido en 1941) supone una hábil asimilación de los procedimientos de la Nova Narrativa, aplicándolos a la realidad gallega cotidiana. *Vento ferido* y la reciente novela *Cambio en tres* son dos espléndidos ejercicios de habilidad y observación, muestra de un narrador ya maduro.

Las últimas promociones líricas (poetas nacidos a partir de 1942) constituyen ya una nómina nutrida y con importante obra en marcha, coincidente en algunos casos con la promoción de *La Noche*. Enlace entre ambos grupos son Salvador García Bodaño y X. L. Franco Grande, éste galardonado recientemente con el premio nacional de poesía gallega por su *Entre o si e o non*. Entre los más jóvenes destaca ya Arcadio López Casanova, en cuyo libro *Palabra de honor* se halla uno de los poemas más notables de estos últimos años, el titulado *In memoriam*. En general, la promoción más joven, forjada bajo el influjo más o menos directo de Celso Emilio Ferreiro, muestra una decidida vocación de testimonio. Sesto Novás, residente en Venezuela, es quizá el más directamente influido por Ferreiro, aunque esta influencia, ejercida, en general, sobre todos los jóvenes poetas de Galicia, se manifiesta más en la actitud que en la técnica.

En el terreno de la crítica literaria destaca poderosamente Ricardo Carballo Calero, del grupo de ensayistas vinculados a Galaxia, autor de una monumental *Historia da literatura galega contemporánea*, de la que ha aparecido sólo el volumen I, obra en conjunto difícilmente superable. Carballo ha fijado las líneas de sentido de la literatura gallega, ha ordenado nombres y tendencias y ha puesto las bases para una crítica constructiva y rigurosa. Más joven, Xesús Alonso Montero apoya su obra crítica en el análisis sociológico. Son notables sus estudios sobre Curros Enríquez y la poesía civil gallega y sus notas sobre sociología de la lengua.

La literatura gallega es, pues, un fenómeno cultural vivo, profundamente arraigado y con una decidida voluntad de servicio hacia la comunidad de que brota. En esta vocación popular halla su fecundidad cara al futuro. Lamentablemente, el desconocimiento, por lo visto insalvable, que, con relación a la creación cultural gallega, se tiene en el resto de España, nos ha obligado a adoptar un esquema didáctico, meramente informativo, con el riesgo evidente de caer en el fárrago enumerativo. Es asombrosa la irresponsabilidad con que en los libros de texto —ahora se ha incorporado a los planes de estudio de Bachillerato el estudio de las literaturas regionales— se cifra exclusivamente el estudio de las letras gallegas al período decimonónico. De esta ignorancia, de la que todos somos culpables, sólo nos liberará un mínimo de curiosidad, un esfuerzo de aproximación y de responsabilidad intelectual.

X. L. M. F.
B. S.